

LA VERDAD ACERCA DE LA REFORMA DE LA ASISTENCIA SOCIAL

FRANCES FOX PIVEN
Y BARBARA EHRENREICH

Por casi tres décadas, la mayoría de los republicanos, los grupos de expertos conservadores, los medios de comunicación de la derecha, la derecha cristiana e incluso una buena cantidad de demócratas han estado despotricando contra un programa conocido en Estados Unidos de América (EUA) como “asistencia social”. El número de personas en el programa aumenta y disminuye, su denominación cambia, pero la fijación con la asistencia social no se modifica. Presumiblemente, una asistencia económica demasiado generosa para las mujeres pobres y sus hijos las consiente, conduciendo a una gran cantidad de problemas sociales, que van desde la ociosidad a nacimientos extramatrimoniales y rupturas familiares, el delito y las ausencias sin permiso, e incluso la pobreza misma.

De hecho, aun en su máximo nivel, el programa que brindaba asistencia económica a los muy pobres era bastante reducido, alcanzando a menos de 5 millones de familias o, lo que es lo mismo, al 5% de la población, dos tercios de los cuales eran niños. Los costos eran bajos, alrededor del 1% del presupuesto federal y tal vez un 3 a 4% de la mayoría de los presupuestos de los estados. Con la “reforma” de la asistencia social llevada a cabo en 1996, esas cifras, que ya eran bajas, disminuyeron espectacularmente, a tal punto que quedaron sólo 2 millones de familias en el programa.

Sin embargo, el escándalo sigue. A principios de 2004, según el índice de publicaciones Nexis, el número de artículos sobre “asistencia social” publicados en los principales diarios era 21 veces superior que el número de artículos acerca del “seguro de desempleo”; al buscar el término “asistencia social” se obtenían 68 veces más resultados que al buscar los términos “ley de licencia médica y familiar”^{*} y “licencia familiar paga”¹. Y el Congreso sigue

^{*} N. del T.: En inglés, Family and Medical Leave Act.

intentando endurecer las ya draconianas condiciones para obtener asistencia. Los republicanos están luchando por alargar el número de horas de trabajo que deben cumplir las madres incluidas en el programa y por reducir los subsidios a los estados para que estos tengan menos dinero disponible para apoyar a madres trabajadoras que tienen beneficios tales como el servicio de guardería. ¿Por qué es que este pequeño programa se ha vuelto tan central en la política norteamericana?

Pensamos que la respuesta es que la derecha organizada convirtió a la asistencia social y sus receptores en una manta para tapar sus objetivos reales: 1) los programas más amplios, incluyendo los seguros de enfermedad y desempleo, que benefician a un número mucho mayor de norteamericanos, y la seguridad social, que beneficia a casi todos los norteamericanos; y 2) la cultura política que rodea a esos programas, con sus ideales implícitos de cohesión social y responsabilidad mutua. Había buenas razones para esta estrategia. Aquellos que reciben asistencia social ya eran marginados y vulnerables. Los indigentes han sido siempre una casta despreciada en las sociedades occidentales. Súmese a esta aversión de larga data el hecho de que, tras la migración masiva de afroamericanos del sur rural al norte urbano y las protestas que sobrevinieron en los sesenta, la asistencia social se convirtió desproporcionadamente en un programa para negros e hispanos (aunque la mayoría de los receptores fueran blancos no hispanos). Las campañas presidenciales de Barry Goldwater y George Wallace registraron este hecho y demostraron los usos políticos del racismo aun en el norte. La noción de “asistencia social” se transformó en una palabra en clave para evocar y movilizar crecientes odios raciales blancos.

Al mismo tiempo, los cambios en las costumbres sexuales y en la estructura familiar fueron estimulando una reacción de ansiedades populares, que fueron exacerbadas aún más por el crecimiento del movimiento feminista. Puesto que la mayoría de las beneficiarias de la asistencia social eran madres solteras en lo que se consideró la subcultura “matriarcal” de los pobres, fácilmente se las convirtió en un símbolo de todo lo que estaba mal en Norteamérica. Ronald Reagan transformó la imagen de la “reina de la asistencia social” en un elemento esencial de la cultura popular norteamericana; y los intelectuales de derecha se atormentaron por la supuesta promiscuidad de las receptoras de la asistencia social. Esta fue la política del espectáculo, un espectáculo diseñado para evocar e intensificar las antipatías populares contra los demócratas, contra los negros, contra los liberales, contra las mujeres revoltosas y “licenciosas” y contra el gobierno, o al menos contra aquellas áreas del gobierno que brindaban apoyo a los pobres y los trabajadores. En el fondo, y lejos del foco de atención, estaba la campaña de más largo plazo de

la derecha organizada para derrotar y dismantelar el orden político del *New Deal* y la Gran Sociedad.

LOS VENCEDORES DEL ORDEN DEL *NEW DEAL* Y LA GRAN SOCIEDAD

El orden del *New Deal* y la Gran Sociedad se estableció a mediados del siglo XX, desde la década del treinta a la del setenta, cuando EUA desarrolló algo que se aproximaba a un Estado de Bienestar europeo moderno. Dos grandes episodios de protesta marcaron esta etapa que comenzó con los movimientos sociales de trabajadores, ancianos y desocupados en los años treinta, y concluyó con la disminución de los movimientos de protesta de los afroamericanos, los pobres urbanos, las mujeres y los activistas ambientales en los sesenta y principios de los setenta.

En la década del treinta, se iniciaron programas que brindaron dinero en efectivo y ayudas “en especie”, tales como vivienda para los pobres. En 1935 el gobierno federal respaldó la negociación colectiva y crecieron los sindicatos, especialmente en las industrias de producción masiva. El salario mínimo se convirtió en ley y lo mismo sucedió con la cantidad máxima de horas laborales, que garantizó que muchos trabajadores recibieran mayor retribución por las horas adicionales. Las transacciones de los bancos e inversores estaban sujetas a una estricta regulación. Sin duda, todos estos programas eran defectuosos. Los ancianos que dependían de la seguridad social seguían siendo pobres, y muchos de ellos subsistían gracias al pan del día anterior. Se construyeron muy pocas viviendas para personas de bajos ingresos. Los lugares de trabajo no eran todavía realmente seguros y las regulaciones ignoraban los riesgos físicos de las nuevas ocupaciones. Los esquemas innovadores de manipulación financiera evadían las regulaciones estáticas, y así sucesivamente. Con todo, la vida para la mayoría de los norteamericanos se volvió un poco más segura, un poco menos peligrosa.

La reaparición de movimientos de protesta en los sesenta condujo al resurgimiento de iniciativas propias de un Estado de Bienestar. Las protestas fueron encabezadas por el movimiento de liberación negro que comenzó en el sur como un movimiento por los derechos civiles y luego se extendió a las ciudades del norte, donde se transformó en una suerte de movimiento por los derechos de los pobres. Una vulnerable administración demócrata respondió liberalizando los programas de los años treinta y creando nuevos que brindaban asistencia nutricional y sanitaria y vivienda subvencionada para los pobres. Es más, el movimiento de liberación negro se convirtió en un patrón para otros movimientos, entre las mujeres, los ambientalistas y la juventud. Se exigió a la industria que cumpliera con los estándares ambientales y de

seguridad laboral, e incluso la contratación de personal fue regulada para reducir la discriminación racial y de género.

Una vez que se tranquilizaron las aguas fue posible evaluar los logros de los movimientos. Entre 1930 y los años setenta, la concentración de ingresos y riqueza había caído a la mitad². Por cierto, no desapareció la discriminación racial y era claro que los afroamericanos seguían estando económicamente rezagados respecto de los blancos. Sus tasas de desempleo continuaron duplicando las de estos últimos, era mucho más probable que fueran pobres, y su riqueza neta representaba una pequeña fracción de la de sus contrapartes blancos³. Aunque precariamente, un buen número de negros se estaba abriendo camino hacia la clase media. También se habían convertido en votantes y participantes reconocidos de la vida política y cultural norteamericana⁴.

Aun con sus limitaciones y condicionamientos, estos programas contribuyeron a una transformación en curso en la cultura política norteamericana. El protagonismo que el gobierno nacional había intentado obtener al hacer frente a la Gran Depresión, especialmente con su iniciativa de extender la asistencia a los pobres y la clase trabajadora, modificó el modo en que la gente pensaba el gobierno y, por lo tanto, cambió la base de su lealtad política. En el siglo XIX, los partidos políticos norteamericanos habían perfeccionado sus estrategias clientelares y tribales que movilizaban altos niveles de participación electoral popular a la vez que aislaban a los votantes de los temas políticos centrales del momento. En el orden del *New Deal* y la Gran Sociedad⁵, sin embargo, el apoyo de los votantes dependía menos de las apelaciones tribales y clientelares y más de la valoración de la contribución del régimen al bienestar generalizado. Este no fue un logro menor. El público hacía responsables a los funcionarios electos por su bienestar, y las iniciativas de los sesenta fortalecieron esa dirección en el pensamiento popular. Los científicos políticos comenzaron a dar por sentado que los resultados de las elecciones podían predecirse a partir de indicadores tales como las tasas de desempleo, los niveles de beneficio de la seguridad social o los cambios en los ingresos personales⁶. El fenómeno fue denominado, de manera algo despectiva, “política de billetera”^{*}. Pero la política de billetera, implicar las billeteras de todo el pueblo, era un paso hacia una sociedad más democrática.

Había también una dimensión colectivista en la nueva cultura política. El mero hecho de que el bienestar económico popular fuera considerado ahora una responsabilidad del gobierno —en oposición a la noción de responsabilidad personal hincada en la ética protestante, y luego celebrada en la propaganda de la derecha organizada— implicaba mucho. Esta idea de mutualidad, de responsabilidad colectiva, era subrayada por programas como el

* N. del T.: En inglés, *pocket-book politics*.

de seguridad social, en que los impuestos sobre el salario de los trabajadores activos literalmente pagaban las pensiones de los trabajadores que se habían jubilado. ¡E, imaginen, el programa era enormemente popular! Un grado de mutualidad y de responsabilidad colectiva se reflejaba también en el crecimiento de esquemas de seguro no gubernamental tales como la Cruz Azul y los planes de pensión basados en el empleo.

LA CAMPAÑA PARA DEMOLER EL ORDEN DEL *NEW DEAL* LA GRAN SOCIEDAD

Los empresarios norteamericanos y sus aliados de la derecha organizada se habían opuesto siempre a estas iniciativas. Pero, durante los años treinta, la catástrofe de la Gran Depresión, la exposición política de las fechorías empresarias a las que condujo y la agitación y el poder amenazante de los movimientos de protesta de la década se combinaron para despojar a los empresarios de mucha de su influencia⁷. Más tarde, las ganancias extraordinarias que estos obtuvieron durante y luego de la Segunda Guerra Mundial contribuyeron a relajar la oposición a los programas del *New Deal*. Después de todo, EUA era el único gran poder industrial que emergía de la guerra relativamente ileso y durante 25 años las corporaciones norteamericanas dominaron los mercados mundiales. En ausencia de protestas, la prosperidad no condujo a la expansión o la mejora de las iniciativas del *New Deal*. Los programas de apoyo a los ingresos seguían siendo magros y la protección legal de los sindicatos retrocedió con las leyes Taft-Hartley y Landrum-Griffith. La propuesta de Harry Truman de un seguro de enfermedad a nivel nacional fue destruida por la Asociación Médica Americana*, y se redujeron los programas de vivienda subsidiada.

Sin embargo, a pesar de esta guerra de baja intensidad, no se dismanteló el orden del *New Deal* y, de hecho, a los trabajadores sindicalizados de las industrias de producción masiva les fue bien, razón por la cual a menudo se caracteriza al período como una era de “armonía laboral”, o la era del pacto social norteamericano. Es más, en los sesenta, cuando se extendieron los disturbios a lo largo de las ciudades norteamericanas, los empresarios también acompañaron la expansión del Estado de Bienestar norteamericano.

El 8 de noviembre de 1954, Dwight Eisenhower había escrito a su hermano Edgar Newton Eisenhower:

Si algún partido político trata de abolir la seguridad social, el seguro de desempleo, y eliminar las leyes laborales y los programas agrícolas, no volverás a

* N. del T.: En inglés, American Medical Association.

saber de ese partido en nuestra historia política. Hay una fracción diminuta, por supuesto, que cree que puedes hacer esas cosas. Entre ellos, se encuentra H.L. Hunt (probablemente conozcas sus antecedentes), algunos otros pocos petroleros millonarios de Texas y, ocasionalmente, algún político o empresario de otras áreas. Su número es insignificante y son estúpidos⁸.

Como lo indicaba Eisenhower, la oposición empresaria al *New Deal* estuvo silenciada por algún tiempo. Pero a medida que los movimientos de los sesenta decaían, resurgió la antigua oposición empresaria al orden del *New Deal* y la Gran Sociedad.

No se trataba únicamente de que estos movimientos habían dejado de ser una amenaza. Los empresarios norteamericanos estaban en problemas. Con la recuperación de Europa y Japón, las corporaciones norteamericanas enfrentaban la perspectiva novedosa de tener que competir duramente con bienes manufacturados en otros lugares, y esto sucedía en un momento en que estas corporaciones estaban soportando el costo de salarios más altos, programas sociales más generosos y regulaciones ambientales y laborales que habían producido los turbulentos años sesenta. A principios de los setenta, con los márgenes de ganancias reduciéndose y la memoria de los tumultuosos sesenta desvaneciéndose, el tipo de líderes empresarios a los que Eisenhower había despreciado como marginales y estúpidos estaba encabezando un contraataque conservador que, al momento en que ganó impulso, amenazaba con destruir las reformas del *New Deal* y la Gran Sociedad.

La agenda de esta campaña ya resulta familiar: transferir la carga impositiva de los empresarios y los ricos a los trabajadores, y del capital a los salarios; dismantelar las regulaciones ambientales y laborales que tanto irritan a los empresarios y también les cuestan dinero; reducir el poder del trabajador debilitando el poder de los sindicatos, destripando las regulaciones que lo protegen, mayormente mediante la no aplicación; y reducir los programas de apoyo a los ingresos con el fin de empujar a más gente a incorporarse a la fuerza de trabajo y a la disputa por conseguir trabajo, a la vez que se la mantiene ansiosa y vulnerable acerca de su trabajo y salario.

Los recortes salariales y de beneficios sociales obviamente fuerzan a más gente a buscar trabajo, a menudo de tiempo parcial o temporario. Las políticas migratorias que dejan las fronteras relativamente abiertas, pero que privan a los inmigrantes de las protecciones de la asistencia social, también contribuyen a la abundancia de trabajadores, si bien la administración a cargo de estas políticas simultáneamente complace a los vigilantes *Minutemen** que

* N. del T.: Se trata de grupos privados organizados que persiguen a los inmigrantes mexicanos que intentan ingresar a EUA. El nombre refiere a los voluntarios civiles de la guerra de independencia de EUA.

recientemente han comenzado a patrullar la frontera mexicana. Lo mismo ocurre con el ataque contra las pensiones, hecho que aumenta el número de gente que busca empleo. Cuando los planes privados que los trabajadores sindicalizados habían logrado imponer a sus empleadores luego de la Segunda Guerra Mundial dejaron de ser pensiones de beneficios definidos para convertirse en otras menos costosas sin beneficios definidos, los empleadores ahorraron dinero pero los beneficios de las pensiones se redujeron. Al mismo tiempo, los fondos de pensión controlados por el empleador se convirtieron en el blanco del saqueo por parte de la dirección. Cuando los beneficios jubilatorios se desplomen, inevitablemente la mayoría de las personas mayores seguirá trabajando⁹.

A lo largo del tiempo, a medida que la campaña ganó impulso y logró éxitos, la agenda se volvió más ambiciosa y codiciosa. No sólo se trataba de recortar drásticamente los programas sociales, sino que también se apuntó a lo que quedaba de ellos como otro ámbito en el cual obtener rentabilidad mediante privatizaciones con subsidio público. Las familias asfixiadas por salarios estancados y costos cada vez mayores recurrieron crecientemente a préstamos, y un número record de estas familias terminó en bancarrota. Luego, en un esfuerzo encabezado por los bancos y las empresas de tarjetas de crédito, incluso la protección que la ley de bancarrota ofrecía a las familias fue reducida*.

Esta agenda fue promovida por una estrategia múltiple que incluye la concentración de la capacidad de *lobby* empresaria mediante la creación de nuevas organizaciones clave, el restablecimiento de viejas organizaciones dormidas como la Cámara de Comercio y los grupos comerciales industriales, y el montaje de una artillería política empresaria en el centro de Washington. La campaña también operó fuerte, y más o menos exitosamente, para mezclar a una creciente derecha populista con base en las iglesias fundamentalistas. El surgimiento de la derecha cristiana y de los movimientos asociados a ella para ilegalizar el aborto y alentar la tenencia de armas ha tenido sus raíces en preocupaciones provocadas por cambios culturales producidos a partir de los sesenta. Pero en materia de política práctica, esas inquietudes y las energías políticas que generaron fueron puestas en funcionamiento en buena medida en la campaña para dismantelar el orden del *New Deal* y la Gran Sociedad.

* N. del T.: Se refiere a la modificación legal sancionada en octubre de 2005 que restringe la posibilidad de condonación de las deudas a personas de muy baja capacidad de pago. Para el resto, establece la obligación de seguir pagando las deudas en un plazo de hasta cinco años.

La máquina de comunicación creada por la campaña ayudó a sellar esta extraña alianza. Suele plantearse que la derecha organizada lanzó una guerra de ideas, y que las ideas principales eran un híbrido de fundamentalismo de mercado y fundamentalismo cristiano. El fundamentalismo de mercado es, por supuesto, simplemente un anticuado *laissez faire*, una doctrina en la que los individuos están desnudos y desprotegidos frente a las fuerzas del mercado y la “ley” del mercado. El fundamentalismo cristiano también despoja al individuo de los apoyos comunitarios y políticos, aunque ahora el individuo está desnudo y desprotegido frente a Dios y la ley de Dios. Mike Gecan, organizador comunitario de la Industrial Areas Foundation, escribe:

La resonancia religiosa es reforzada por una resonancia económica que es también profunda y poderosa. La “sociedad de propietarios” del presidente se basa en una visión de un individuo que es capaz de tener una relación directa y personal con el mercado. Un individuo debe tener control sobre su propio destino económico —debe ser capaz de tener una casa en lugar de alquilar, de trabajar en una empresa privada en lugar de hacerlo en el sector público, de ahorrar dinero para su jubilación en lugar de esperar que el gobierno o un empleador hagan las provisiones necesarias [...] El presidente está afirmando que el individuo o la familia no necesitan instituciones y programas mediadores [...] Estas instituciones y programas han perturbado el desarrollo de la relación deseable entre la persona y el mercado, del mismo modo que muchos creyentes sienten que las confesiones y las burocracias religiosas impiden el crecimiento de la relación personal con Dios¹⁰.

Mientras los liberales confundidos a menudo lamentan que la derecha tenga nuevas ideas, ninguno de estos principios era en realidad nuevo en absoluto. Lo que era nuevo era la creación deliberada y estratégica de un aparato destinado a promulgar estas ideas. A partir de un puñado de fundaciones de derecha se construyó una nueva infraestructura de *think tanks*, intelectuales públicos, periódicos, sociedades, medios de derecha y universidades avanzadas. Se establecieron nuevos medios, a la vez que los periodistas y los ejecutivos de los medios principales fueron acosados e intimidados, acusados de ser “liberales” o, más recientemente, insuficientemente patrióticos¹¹. La retórica de la reforma de la asistencia social, con su eslogan característico de responsabilidad personal, jugó un rol significativo en esta campaña. Algunas de las luminarias más conocidas del panteón de los intelectuales conservadores de derecha, entre ellos George Gilder, Charles Murray y Marvin Olasky, ganaron fama con sus diatribas contra la asistencia social.

Esta alianza entre empresarios y la derecha populista asumió el control del partido republicano, volcando dinero en las campañas electorales de los candidatos de la derecha más dura y empujando a los márgenes a los conservadores de viejo estilo. Pero la medida real de su éxito político fue su influencia en el partido demócrata que, a regañadientes y a pesar de todos sus conflictos internos, había defendido el orden del *New Deal* y la Gran Sociedad. Franklin Delano Roosevelt había hablado de “un gobierno central fuerte como un lugar de refugio para el individuo”¹². Pero en los noventa, los demócratas se libraron de este principio clave del *New Deal* y la Gran Sociedad —en buena medida gracias al éxito de la campaña de la derecha contra la asistencia social.

Esa campaña había logrado convertir a la asistencia social en una metáfora de los afroamericanos, la licencia sexual y el liberalismo. En 1992, Bill Clinton se propuso para la presidencia con el eslogan de “terminar con la asistencia social tal como la conocemos”, y cuando los republicanos lo presionaron con su propuesta de reducir la asistencia social —la denominada Ley de Reconciliación de Responsabilidad Personal y Oportunidad Laboral*— él suscribió la medida, escuchando la sugerencia de sus encuestadores y consultores. Esto ocurrió en 1996, cuando Clinton estaba nuevamente en campaña por la presidencia, siguiendo el consejo de su consultor Dick Morris de “avanzar rápidamente con la agenda Gingrich”¹³. Los “progresistas”, sostenía su encuestador Stanley B. Greenberg, “necesitaban trascender la política de la asistencia social”¹⁴. La estrategia demócrata, en resumidas cuentas, era vencer a los republicanos adoptando sus posturas.

Esencialmente, la nueva legislación sobre asistencia social transfirió la administración del programa a los estados, con la condición de que la recepción de asistencia se limitara a un máximo de cinco años en la vida, y que al menos la mitad de las mujeres del padrón también se encontraran trabajando. Más importante aún, los estados tenían un incentivo financiero para limitar el acceso a la asistencia social porque a partir de ese momento se les transferiría una suma global de subsidio proveniente de los fondos federales. Esto es lo que hicieron. Bajo la bandera de “trabajo primero”, se volvió más difícil el acceso a beneficios¹⁵. También se volvió más difícil permanecer en el padrón, ya que la suspensión o finalización de los beneficios eran recursos usados libremente y sin reparos para castigar a los receptores y sus niños por cualquier clase de transgresión de reglas crecientemente complejas, o por no cumplir con los términos de los “contratos” individualizados que debían suscribir¹⁶.

* N. del T.: En inglés, Personal Responsibility and Work Opportunity Reconciliation Act.

La propia reforma de la asistencia social era cruel, pero su impacto era necesariamente limitado, básicamente porque pocas familias habían sido receptoras de asistencia por períodos prolongados. Sin embargo, el mensaje acerca del carácter degradado e incluso patológico de las personas que dependían de la misma ha tenido un alcance mucho mayor. Por ejemplo, el tema de la “responsabilidad personal” resurgió a principios de 2005 durante la campaña para la aprobación de una nueva ley de bancarrota que elimina la posibilidad de un nuevo comienzo para los deudores pobres y de clase media (no sorprende que la ley deje rendijas para los deudores ricos).

Con su énfasis en la “responsabilidad personal” opuesta a las supuestas formas degradantes de “dependencia”, la reforma de la asistencia social fue un ataque a las ideas de responsabilidad colectiva del New Deal y la Gran Sociedad, y allanó el camino para la agenda de redistribución regresiva de ingresos que fue siempre el objetivo de la campaña de la derecha. La insistencia en la asistencia social ayudó a desacreditar otros programas (más significativos) de apoyo en base a ingresos y en especie, incluyendo el seguro de desempleo, seguro por vejez y discapacidad, asistencia alimentaria y sanitaria, y subsidios para vivienda. Simultáneamente, por supuesto, sirvió para desacreditar el “liberalismo” y el partido demócrata que había sido alguna vez su defensor.

EL CÍRCULO VICIOSO DE LAS POLÍTICAS DE DERECHA

Los resultados son obvios. La desigualdad de ingresos y riqueza se está elevando. Entre 1979 y 2000, el 1% más rico obtuvo el 38,4% del incremento total de los ingresos mientras que al 20% más pobre le correspondió el 0,8%. En 2001, el 1% más rico poseía el 44,8% de todas las acciones ordinarias (excluyendo las pensiones), y el 80% más pobre poseía el 5,8%. Desde entonces, los recortes impositivos de Bush han dirigido más dinero hacia los muy ricos. El poder de compra del salario mínimo se redujo en un 25% respecto de 1967, y una proporción que supera a uno de cada cuatro trabajadores gana salarios de pobreza. Pero la remuneración de los directores y gerentes ha crecido hasta las nubes¹⁷, y lo mismo ha ocurrido con las ganancias. En términos de ingresos, la polarización de clase es mucho mayor en EUA que en otras naciones industrializadas¹⁸. Es más, el país está en el extremo inferior de las comparaciones internacionales en lo que refiere a la movilidad social¹⁹.

La polarización de clase, incitada por las políticas de los republicanos contrarias a la asistencia social, tiene como efecto debilitar aún más los viejos ideales de responsabilidad colectiva y asistencia mutua. En lugar de alinearse con la creciente clase trabajadora empobrecida, la clase media alta tiende a retirarse hacia su propio mundo de bienes y servicios privatizados. Envía a sus hijos a escuelas privadas para evitar tanto las escuelas públicas que se

derrumban como los niños indigentes que las colman. Evita el transporte y los parques públicos. Incluso compra en lugares distintos, ya que los mercados masivos de los años de la posguerra se han segmentado de manera concluyente entre tiendas de descuento, por un lado, y proveedores de lujo, por otro. Al renunciar a los servicios y espacios públicos, los ricos comienzan a resentirse por tener que apoyar bienes sociales mediante sus impuestos. Es difícil sentir solidaridad con gente con la que uno no se topa usualmente, excepto como criado, o con la que uno se encuentra con aprensión e incluso con miedo.

La respuesta republicana a la creciente pobreza y a la ampliación de las divisiones de clase es la promoción de lo que ellos llaman la “sociedad de propietarios”, en la que los riesgos no se comparten sino que se afrontan individualmente. Este objetivo se expresa en su esfuerzo por reemplazar las pensiones públicas por cuentas de inversión privadas, y el seguro de enfermedad por “cuentas de ahorro médicas”, o las casas de alquiler subsidiadas por la propiedad de la vivienda. La sociedad de propietarios es también una justificación para la extensión de varios esquemas de pensión basados en la propiedad de acciones. Una consecuencia es obviamente la puesta en riesgo de los beneficios que los trabajadores y los pobres tenían más o menos garantizados en el marco de los programas del orden del New Deal y la Gran Sociedad. Pero hay otra consecuencia tal vez más insidiosa que se revela cuando trabajadores que poseen una cantidad lastimosamente pequeña de acciones son alentados a abandonar los esfuerzos colectivos para mejorar las pensiones, la atención de la salud o los programas de vivienda a favor de jugar en un mercado en el que tienen pocas probabilidades de sobrevivir y, mucho menos, de enriquecerse.

Entonces la dirección de las políticas asumida por la reforma de la asistencia social ha puesto en marcha un círculo vicioso: los recortes en el gasto social, junto con políticas impositivas redistributivas regresivas, exacerbaban la pobreza de los pobres y de una gran parte de la clase trabajadora, profundizando la grieta entre las clases y debilitando aún más los llamamientos a la responsabilidad colectiva. En lugar de gasto público para asistencia social, tenemos aumentos del gasto para imponer la ley y para las prisiones destinadas a alojar a los pobres incumplidores. El resultado es una sociedad crecientemente segmentada entre comunidades cerradas, por una parte, y conventillos y campings, por otra —una sociedad en la cual las nociones tradicionales del “bien común” pueden sólo resultar pintorescas.

Es de esperar que la penuria creciente entre las clases más bajas, así como el espectáculo siempre presente de la enorme riqueza, alienten la conflictividad política e incluso la insurrección. La clase trabajadora norteamericana ha visto caer sus salarios reales desde el final de siglo: más familias dependen

de dos asalariados para sobrevivir; y más asalariados —un 90% más desde 1973— deben tener más de un empleo. La reforma de la asistencia social, combinada con recortes en otros servicios sociales, garantiza que no haya salida para las familias oprimidas de los estratos sociales más bajos: deben ser ejemplo de la ética protestante del trabajo aún más que las clases más altas que más enérgicamente adhieren a esta ética —y usualmente a expensas de algún tipo de compromiso familiar. Empleos múltiples, ausencia de adecuados cuidados de los niños y largos viajes diarios desde los vecindarios en los que hay viviendas (escasamente) accesibles hasta lugares de trabajo distantes generan un conjunto de problemas que van desde la falta de sueño hasta el descuido de los niños.

RELIGIÓN Y EL ESTADO DE BIENESTAR

Pero la miseria económica no necesariamente se traduce en activismo político progresista. A medida que organizaciones como los sindicatos y las filiales locales del partido demócrata han perdido importancia, los norteamericanos oprimidos se han volcado a la religión y, especialmente, a las iglesias protestantes evangélicas, a menudo fundamentalistas y políticamente alineadas con la derecha. La administración Bush ve a estas iglesias evangélicas como una fuente central de apoyo político y trabajó enérgicamente para movilizar a sus miembros para la elección de 2004. A través de iniciativas de servicios sociales de “base religiosa” impulsadas por el gobierno, cada una de estas iglesias recibe dinero público para expandir sus servicios sociales y, por lo tanto, su feligresía. A la vez, los líderes eclesiásticos urgen a sus feligreses a votar por los republicanos o, al menos, a hacerlo en contra de los candidatos que favorecen el aborto y los derechos de los homosexuales, esto es, por supuesto, contra los demócratas. Así, se ha puesto en marcha otro círculo vicioso: servicios públicos en decadencia empujan a la gente hacia las iglesias, las cuales a su vez promueven una agenda política que implica disminuir aún más los servicios públicos. A medida que se desarrolla este proceso, el resultado —que parecería contradecir el punto de vista de los defensores seculares de la libre empresa ilimitada— es la combinación de una economía crecientemente basada en el libre mercado con una forma de religiosidad compensadora que refleja una cultura intelectual, artística y sexualmente represiva.

Se podría haber esperado que, luego de la elección de 2004, los demócratas centristas, en lugar de atribuir la derrota a su falta de sintonía en asuntos “religiosos” y, de este modo, otorgar la ventaja de los “valores morales” al partido que produjo Abu Ghraib, hubieran revisado su afinidad con candidatos muy poco claros y demasiado comprometidos como para otorgar a la pobreza y la guerra la urgente dimensión moral que les corresponde. Después de todo, se trata de temas en los cuales no es difícil, aun para liberales

seculares, decir que Jesús está de su lado. Las políticas de guerra preventiva y la redistribución regresiva de la riqueza son inversiones de la ética judeocristiana, más allá de que esta mantenga silencio o sea misteriosamente crítica respecto de la homosexualidad y el aborto. Con las cobardes muestras de remordimiento frente al triunfo electoral de Bush, los líderes demócratas sólo demuestran cuán fuera de tono están en relación con la transformación religiosa de Norteamérica. Los liberales seculares y los centristas se equivocan al categorizar a la religión como una forma de “irracionalidad”, íntimamente vinculada con la espiritualidad, el fanatismo deportivo y la emoción en general. No ven que la ola actual de “cristianización” no se parece en absoluto al Gran Despertar de principios del siglo XIX, el movimiento extático que llenó los campos de Virginia con los cuerpos de los resucitados que rodaban, chillaban y se sacudían. En contraste, las actuales iglesias cristianas de derecha representan una fría tradición calvinista en la que la práctica de hablar en lenguas desconocidas, si es que efectivamente ocurre, ha sido crecientemente rutinizada y restringida al pastor.

Lo que estas iglesias tienen para ofrecer, además de lo intangible como la salvación eterna, es asistencia concreta y material en forma de cuidados al niño, programas para después de la escuela, grupos de apoyo para mujeres maltratadas y ayuda para los desempleados —todo impregnado de mensajes proselitistas. Algunas iglesias incluso ofrecen dádivas en dinero a los miembros que enfrentan desalojos o deudas por servicios médicos. Se han convertido en un Estado de Bienestar alternativo, cuya asistencia se basa no sólo en la “fe” sino también en la lealtad de los receptores agradecidos. Por ejemplo, a poca distancia de Washington DC, en los suburbios de Virginia, está la Iglesia Bíblica McLean*, hogar espiritual del senador James Inhofe y de otros importantes representantes de la derecha. Ciertas noches de la semana, decenas de familias y adolescentes reciben una cena económica en la cantina; cien desempleados se congregan para rezar y recibir consejos para el trabajo en el Career Ministry; mujeres divorciadas y abusadas se reúnen en grupos de apoyo. Entre sus varios servicios, esta iglesia distribuye anualmente ropa gratis a 10 mil personas pobres. Además ha contribuido a iniciar un ministerio de barrios céntricos marginales de la ciudad para jóvenes en peligro en el distrito de Columbia, y maneja un sacerdocio de “necesidades especiales” para niños discapacitados. La Iglesia Bíblica McLean es una megaiglesia con un estacionamiento del tamaño de un aeropuerto mediano, pero también muchas iglesias evangélicas más pequeñas ofrecen un abanico similar de servicios —guarderías, programas para después de la escuela, clases de inglés como segunda lengua, ayuda para encontrar trabajo, por no

* N. del T.: En inglés, McLean Bible Church.

mencionar ocasionales dádivas en dinero. Los evangelistas también tienen en cuenta a las elites empresarias locales. A través de los “estados rojos” republicanos —y también de manera creciente de los “azules” demócratas— las iglesias evangélicas son centros vitales de “redes de contactos”, donde el dueño del lavadero de autos puede charlar con el encargado de préstamos del banco. Algunas iglesias ofrecen regularmente “almuerzos de camaradería” para empresarios cristianos, en los que se brindan testimonios religiosos, se intercambian tarjetas comerciales y se hacen bromas acerca de los demócratas y los homosexuales.

La lección es clara. ¿Tiene un problema con la bebida, un cónyuge violento, un niño caprichoso, una cuenta impaga? Encuentre una iglesia. La analogía más cercana al movimiento evangélico burocratizado norteamericano es Hamas, que atrae a palestinos acosados por la pobreza mediante su propio Estado de Bienestar en miniatura. Mientras Hamas opera en un Estado de Bienestar inexistente, la derecha cristiana avanza atacando el Estado de Bienestar existente. Las iglesias principales, incluso liberales, también brindan una serie de servicios, desde ollas comunes hasta grupos de apoyo. Ello hace que los esfuerzos de asistencia social de la iglesia evangélica se tornen siniestros es su conexión implícita —y a veces no tan implícita— con la destrucción de los servicios públicos y seculares. En la elección del año 2004, las palabras clave fueron “aborto” y “matrimonio homosexual”: votar por un candidato que se oponía a esas supuestas atrocidades morales, como lo aconsejaban enérgicamente la Coalición Cristiana* y tantas iglesias, era votar contra los subsidios a la vivienda, el cuidado de los niños y formas públicas extendidas de seguro de enfermedad. Por supuesto, la estrategia de Bush de asistencia social basada en la fe sólo acelera el espiral descendente hacia la teocracia. Las iglesias evangélicas de derecha no sólo ofrecen sus propios servicios sociales desvergonzadamente proselitistas, no sólo atacan a los candidatos que favorecen servicios públicos extendidos, sino que también reciben dinero público por hacerlo.

Lo que los demócratas no han comprendido no es alguna nueva dimensión moral o espiritual de la vida norteamericana sino este peligroso circuito de retroalimentación: el sistema de asistencia social de la iglesia evangélica está siendo alimentado por la destrucción deliberada del Estado de Bienestar secular. Lo que el sistema político norteamericano necesita, como mínimo, es una alternativa política que ofrezca un compromiso firme con las formas públicas de cuidado infantil, asistencia sanitaria, vivienda y educación para gente de todas las creencias y para aquellos sin creencia alguna. Al mismo tiempo, los progresistas deberían quizás repensar su propio desdén por los

* N. del T.: En inglés, Christian Coalition.

programas de servicios comunitarios. En una época fue la izquierda la que brindaba “servicios alternativos” como clínicas gratuitas, centros de salud para mujeres, cooperativas de alimentos y centros de provisión de diversos servicios en áreas urbanas marginales. Iniciativas como estas no son sustituto de un Estado de Bienestar público adecuado, pero pueden transformarse en la plataforma desde la cual demandar uno.

Esto es especialmente importante en este momento en el que hay signos crecientes de que la agenda puesta en marcha por la reforma de la asistencia social puede estar desentrañándose. Una cosa era atacar a los grupos relativamente marginados de receptores de asistencia social; otra muy diferente es hacerse cargo de los aproximadamente 50 millones y pico de ancianos que dependen de pensiones y del seguro de salud públicos. La iniciativa de Bush de privatizar o de lo contrario eliminar la seguridad social no ha logrado conversos y sólo sirvió para reducir sus ya decrecientes tasas de aprobación. Al mismo tiempo, la disminución de asistencia pública para la educación superior, combinada con los costos siderales de la misma, está forzando a las familias de clase media a reflexionar acerca del rol del Estado como proveedor de asistencia social. Para todos, excepto para los ricos, el seguro de salud se está volviendo inadecuado o fuera de alcance, especialmente a medida que aumentan las tasas de rotación laboral. En la desolación que dejaron seis años de políticas económicas y sociales de extrema derecha, valores tales como la responsabilidad colectiva y el bien común pueden estar empezando a recobrar su brillo.

NOTAS

- 1 Heather Boushey, “A House Divided: How Welfare Reform Pits Working Families Against the Non-Working Poor”, *New Labor Forum*, 13(3), otoño de 2004, p. 28.
- 2 Sobre este tema, ver Alexander Hicks, “Back to the Future? A Review Essay on Income Concentration and Conservatism”, *Socio-Economic Review*, 1, 2003, pp. 271- 88.
- 3 Sobre este tema, ver Herbert J. Gans, “Race as Class”, *Contexts*, noviembre de 2005. La mediana del hogar blanco percibía un 62% más de ingresos y poseía 12 veces la riqueza de la mediana del hogar negro. Ver Melvin Oliver y Thomas Shapiro, *Black Wealth/White Wealth: A New Perspective on Racial Inequality*, Nueva York: Routledge, 1997, pp. 86-90; 96-103.
- 4 El viraje en la opinión pública es notable. En 1944, sólo el 45% de los norteamericanos estaba de acuerdo con la idea de que los afroameri-

- canos debían tener las mismas oportunidades que las personas blancas para conseguir cualquier tipo de trabajo. Tres décadas más tarde, el 97% estaba de acuerdo con esto. Benjamin I. Page y Robert Y. Shapiro, *The Rational Public: Fifty Years of Trends in Americans' Policy Preferences*, Chicago: University of Chicago Press, 1992, pp. 63; 68-71.
- 5 Plotke lo denomina un “orden político democrático”, pero significa esencialmente lo mismo. En sus términos: “Entre los treinta y los sesenta dominó la vida política norteamericana. Por orden político entiendo un modo duradero de organizar y ejercer el poder político a nivel nacional, con instituciones, políticas y discursos distintivos”. Ver David Plotke, *Building a Democratic Political Order*, Cambridge, UK: Cambridge University Press, 1996, p. 1.
 - 6 Edward R. Tufte inició esta línea de interpretación con su argumento de que los políticos que se candidateaban para las elecciones trataban de coordinar el ciclo de negocios con el ciclo electoral. Ver su *Political Control of the Economy*, Princeton: Princeton University Press, 1978. Por su parte, Thomas Ferguson ofrece un análisis que muestra que en la elección de 2004 los votantes de estados con incrementos agudos de la desigualdad optaron por Kerry. Al mismo tiempo, también plantea que la creciente desigualdad se asocia con la creciente religiosidad, lo cual fortalece las fuerzas conservadoras. Ver “Holy Owned Subsidiary: Globalization, Religion, and Politics in the 2004 Election”, en William Crotty, ed., *A Defining Election: The Presidential Race of 2004*, Armonk: M.E. Sharpe, 2005.
 - 7 El colapso económico desacreditó a las empresas en un momento de descontento social generalizado al que los líderes políticos nacionales tenían que responder. Además, el poder estructural que usualmente ejercen los empresarios mediante la amenaza de desinvertir en un sistema descentralizado estaba reducido tanto por la merma de la actividad económica como por el creciente rol del gobierno nacional. Para una discusión más extensa, ver Jacob S. Hacker y Paul Pierson, “Business Power and Social Policy: Employers and the Formation of the American Welfare State”, *Politics and Society*, 30(2), junio de 2002, pp. 277-325.
 - 8 Presidential Papers of Dwight D. Eisenhower, Document 1147, <<http://www.eisenhowermemorial.org>>.
 - 9 Para una discusión sobre este tema, ver William Greider, “Riding Into the Sunset”, *The Nation*, 27 de junio de 2005.
 - 10 Mike Gecan, “Taking Faith Seriously”, *Boston Review*, abril-mayo de 2005.

- 11 Ver Robert Parry, “The Answer is Fear”, *The Progressive Populist*, 11(12), 1 de julio de 2005.
- 12 La cita proviene de un discurso pronunciado al Commonwealth Club en 1932. Ver Aaron Singer, ed., *Campaign Speeches of American Presidential Candidates*, Nueva York: Frederick Ungar, 1976, citado en Ronald Schurin, “A Party Form of Government”, Tesis de Doctorado de la Graduate School of the City University of New York, 1996. Schurin plantea que esta definición del rol del gobierno era un tema fuerte y consistente en los discursos públicos de Roosevelt.
- 13 Ver la revisión que hace Jonathan Schell, “Master of All He Surveys”, *The Nation*, 21 de junio de 1999, de dos libros de Morris, *The New Prince: Machiavelli Updated for the Twenty-First Century*, y *Behind the Oval Office: Getting Reelected Against All Odds*.
- 14 Esto proviene del recuerdo de Stanley B. Greenberg, “How We Found –and Lost– a Majority”, *The American Prospect*, 16(6), junio de 2005. El artículo de Greenberg de 1991, “From Crisis to Working Majority”, *The American Prospect*, 2(7), septiembre de 1991, fue considerado una guía clave para la campaña de Clinton de 1992.
- 15 Para una discusión detallada, ver Evelyn Brodtkin, Carolyn Fuqua y Elaine Waxman, “Accessing the Safety Net: Administrative Barriers to Public Benefits in Metropolitan Chicago”, mayo de 2005, <www.povertylaw.org>.
- 16 Para datos acerca de la variada suerte de los “olvidados” por la asistencia social, ver Gregory Acs y Pamela Loprest, *Leaving Welfare: Employment and Well-Being of Families that Left Welfare in the Post-Entitlement Era*, Kalamazoo: W.E. Upjohn Institute for Employment Research, 2005.
- 17 Ver Lawrence Mishel, Jared Bernstein y Sylvia Allegretto, *The State of Working America, 2004-2005*, Ithaca: Cornell University Press, 2005. Ver también Michael D. Yates, “A Statistical Portrait of the US Working Class”, *Monthly Review*, 56(11), abril de 2005.
- 18 Ver Alex Hicks, “Back to the Future? A Review Essay in Income Concentration and Conservatism”, *Socio-Economic Review*, 1, mayo de 2003, pp. 271-288. Hicks revisa datos presentados por T. Piketty y E. Saez que muestran que, durante los ochenta y noventa, la concentración del ingreso de los hogares en los niveles más altos fue drásticamente menor en Francia e incluso considerablemente menor en el Reino Unido. “Income Inequality in the United States, 1913-1998”, Working Paper 8467, Cambridge: National Bureau of Economic Research, 2001 <<http://www.nber.org/papers/4867.pdf>>.
- 19 Ver “A Commentary on Excess”, 2 de mayo de 2005, disponible en <toomuch@app.topica.com>.

